

de Hussein poseía armas de destrucción masiva. De igual manera la autora reproduce la muy discutible idea de regímenes buenos y regímenes malos. ¿Bajo qué razonamiento debemos concluir que el único Estado que ha sido declarado culpable de terrorismo por la Corte Internacional de Justicia (o Corte Mundial), Estados Unidos, va a hacer un buen uso de su enorme armamento nuclear, con el que podría destruir más de cincuenta veces el planeta, y el que Irán o Siria tengan una bomba nuclear es un peligro para el mundo porque, *a priori*, son regímenes malos? Delpech abdica de la lucidez y omite analizar las verdaderas razones: la posesión del arma atómica colocaría a esos países en un nivel distinto de negociación para los asuntos estratégicos, algo que incomodaría a Washington. Efectivamente, el que haya más actores nucleares incrementa las posibilidades de una catástrofe por la difusión del poder, pero el peligro de que sea Israel o Irán quien posea la bomba es el mismo.

A pesar de esas deficiencias, el libro es ampliamente recomendable por intentar comprender y caracterizar lo sucedido en un siglo tan brutal; por ponernos en guardia contra los males que aquejan el alma humana y sus terribles consecuencias; por invitarnos a recuperar una reflexión histórica más amplia de nuestra condición y de nuestra posición actual como sociedades; por recordarles a aquellos cuyo oficio es la historia la necesidad de ser sensibles al evento, a la contingencia, al mismo tiempo que se rebelan contra la necesidad histórica y reintroducen la idea de libertad; por recordarnos a todos que, hoy igual que en 1930, la tolerancia política hacia las doctrinas y las ambiciones más extremas (en ambos sentidos) alimenta los monstruos políticos; y por recordarnos la necesidad vital de diversificar nuestras relaciones y comenzar a tratar en serio con otras regiones que serán centrales en el siglo XXI. Digamos por último que este interesante libro recibió en Francia el Premio Femina 2005 en la categoría de ensayo. Dicho premio se estableció en 1904 a iniciativa de Arma de Noailles con el objetivo de ofrecer una alternativa al Goncourt que en ese entonces no se interesaba por las obras literarias escritas por mujeres.

FÉLIX G. MOSTAJO

Víctor L. Urquidí, *Otro siglo perdido. Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 2005, 568 pp.

Corrían los años de 1974 y 1975. Desde mi modesta trinchera como estudiante de El Colegio de México, me encontré en ocasiones con el entonces presidente de la institución. Se le veía como era: serio, inteligente, memo-

rioso, responsable, concentrado en los mil asuntos trascendentes que traía en la cabeza.

Posteriormente vino el contacto personal a través de Graciela Salazar, su secretaria particular por años. Nos reuníamos con don Víctor para platicar sobre el Banco de México y su historia, primera institución en la que prestó sus servicios, siendo un economista joven. Todo se inicia en el año de 1940. Urquidi, recién desempacado de la Escuela de Economía de Londres, contaba apenas con 20 años de edad. Pronto se convirtió en uno de los especialistas más cercanos al director general, Eduardo Villaseñor.

El lado hedonista de don Víctor estaba en la buena mesa. Nos reuníamos a comer en el desaparecido Mauna Loa y en gratas y muy interesantes veladas nos hacía partícipes de la inmensa riqueza de conocimientos y recuerdos que compartía generosamente. Tenía una memoria prodigiosa y una gran intuición para entender a fondo los problemas económicos y sociales. Me beneficié de sus invaluable documentos acumulados paciente y ordenadamente en sus andanzas de economista, funcionario, diplomático y asesor. Los guardó cuidadosamente, con el amor del historiador y del protagonista de la historia.

Además del profesor y del tutor, en esas reuniones se mostró reiteradamente el erudito, el investigador y el visionario. Las vivencias fueron gratísimas. El único pecado corrió de mi parte por pensar que el oráculo estaría ahí para siempre, listo para ser visitado y consultado cuando se requiriese. Ahora lo evoco y me doy cuenta del inmenso vacío que nos ha dejado su partida.

Entre decenas de saberes y preocupaciones, don Víctor Urquidi se mostró siempre en nuestros acercamientos como el gran latinoamericanista que fue. El tema no sólo le había interesado por años, sino que acumuló sobre él una gran sabiduría y una vasta bibliografía. Por ello, no me extraña que su libro póstumo verse sobre esta materia.

Como su autor, la obra *Otro siglo perdido* es un libro erudito. Esta erudición queda en evidencia en la información que contiene, en los múltiples conocimientos ahí vertidos, en las experiencias personales plasmadas y en la riqueza de sus fuentes y bibliografía. Dato de no escasa relevancia es que Urquidi fue testigo presencial y a veces participante en muchos de los episodios narrados. A guisa de ejemplo (p. 468), Urquidi intervino en la reunión en que, con gran miopía, la CEPAL rechazó en 1971 la propuesta de considerar entre sus temas de interés un "Plan de Acción Regional para la aplicación de la ciencia y la tecnología al desarrollo de América Latina". El rechazo se derivó quizá del hecho de que "hasta ese momento la secretaría del organismo no había abordado en absoluto el tema en sus estudios sobre el desarrollo". Nuestro autor califica en el libro esa reunión como muy infortunada.

Desde el punto de vista editorial, o si se quiere estructural, la obra a que me refiero se redactó en forma de crónica. Así, el minucioso recuento histórico se inicia desde la década de los veinte del siglo pasado, al comentarse los antecedentes que desembocaron en la Gran Depresión, hasta los primeros años del presente siglo XXI. Al respecto, puede ser ilustrativo que en la extensa bibliografía del libro se citen 47 fuentes con fecha de publicación entre 2000 y 2005, de las cuales cuatro corresponden al propio Urquidí.

Así, dada su estructura narrativa y su carácter erudito, el libro póstumo de don Víctor Urquidí admite varias lecturas. Es decir, diversas aproximaciones. Para esta reseña yo he elegido el diagnóstico –y las moralejas implícitas– que contiene la obra. Para tal fin me gustaría comenzar por el título: América Latina: otro siglo perdido. ¿Pero perdido con respecto a qué? ¿Con referencia a cuáles parámetros o a quiénes?

Las respuestas son claras y se encuentran explícitas o implícitas en la obra. En primer lugar, “siglo perdido” en relación con lo que pudo haberse conseguido y no se logró en cuanto al desarrollo económico de los países de América Latina. En segundo lugar, en comparación con lo que avanzaron en el periodo analizado otras naciones de continentes distintos. En última instancia, también “siglo perdido” porque los problemas y rezagos acumulados siguen pesando como una losa frente al difícil, aunque pleno de oportunidades, futuro que enfrentan las economías de América Latina.

¿Cuáles fueron las causas de la pérdida de ese siglo? A mi juicio, la respuesta se encuentra en la portada del libro: en las políticas económicas en general y en las políticas para el desarrollo que se aplicaron en los países del subcontinente, en muchos de los casos con un celo y una perseverancia dignos de mejor causa.

Hacer la crítica de esas políticas es un reto difícil, por varias razones de gran peso. Una de ellas es la relativa a los motivos que las impulsaron. No abrigó la menor duda sobre la pureza de las intenciones de quienes las diseñaron y aplicaron. Fueron individuos muy bien intencionados. El problema reside en que una buena intención no es sinónimo ni garantía de viabilidad de las acciones públicas. El infierno está empedrado de buenas intenciones. Así, imbuidos de nacionalismo desarrollista y deseosos de crear una industria propia, se construyó en América Latina una compleja urdimbre improductiva, plétórica de costos elevados, corrupción y beneficios monopólicos.

Esas políticas latinoamericanas, que nos describe magistralmente don Víctor Urquidí en su libro, siguen siendo inmensamente gratas para muchos oídos en nuestro continente. A mayor abundamiento: esas políticas y sus fundamentos teóricos siguen siendo compatibles con las formas de pensar que subsisten en los diversos ámbitos que mayor influencia tienen sobre la conformación de la opinión pública. El círculo se cierra con el hecho de

que son políticas conducentes a la subsistencia y protección de los intereses creados.

El problema medular es que esas políticas no son un asunto del pasado. La fe muere mucho después que la razón y las duras lecciones de la realidad. Esas políticas y sus fundamentos teóricos siguen vivas, al menos parcialmente, en varios espacios: en las ideas que subsisten en el medio académico, en el discurso y en las propuestas de los agentes políticos, en los idearios económicos de no pocas organizaciones políticas y lo que es más amenazante: en las plataformas electorales de partidos y candidatos.

En América Latina continuamos obsesionados con un empeño inútil y trivial: la calificación ideológica de las propuestas y políticas económicas. En este sentido, como en muchos otros, los latinoamericanos seguimos puniblemente atrasados. Como dijo en su momento el desaparecido líder chino Chou En-lai: “lo importante no es el color del gato, sino que mate ratones”. En América Latina, la política económica debe transitar a otra etapa: dejar atrás las buenas intenciones y los fines inmaculados y concentrarse en la viabilidad, eficacia y eficiencia de las fórmulas que se propongan y apliquen.

En América Latina se ha prestado muy escasa atención a la productividad y a la eficiencia. Productividad no sólo de las empresas e instituciones individuales –el ámbito microeconómico–, sino también productividad en general de los países. De qué sirve que una planta productiva tenga una organización óptima y cuente con la tecnología más avanzada, si la corriente eléctrica sufre cambios frecuentes de intensidad, se interrumpe el suministro de agua, los caminos se encuentran plagados de baches y los camiones cargados de mercancía sufren asaltos periódicamente.

Otro asunto clave es el de tomar en cuenta los incentivos de la población y de los agentes económicos en la sociedad. Las políticas económicas y sus instrumentos son muy poderosos, pero no omnipotentes. Esto es algo que se ha tendido a olvidar en América Latina. Algo que se sigue desdeñando. Las políticas económicas sólo pueden inducir, propiciar, estimular, motivar. El olvido de este hecho conduce a un voluntarismo estéril. En última instancia, son las personas de carne y hueso que operan en su ámbito particular de acción las que colectivamente logran o no logran que las cosas sucedan.

Este hecho esencial no lo puede contrarrestar ni la mejor de las intenciones –intenciones inmaculadas– en el diseño de las políticas económicas. Es el primer elemento de la realidad que debe tomarse en cuenta al momento de preparar las acciones públicas. De lo contrario, los agentes económicos afectados por las políticas se van a comportar en forma desestabilizadora, improductiva, patrimonialista. Al menos en México, son muy

visibles y poderosos los grupos buscadores de rentas que han actuado al amparo de los organismos e instituciones. ¿Cómo arrancárselas de las manos para que esas instituciones vuelvan a operar en beneficio de la sociedad y no de las falanges patrimonialistas que se han apoderado de ellas?

En su libro póstumo, Urquidí nos habla del sesgo antiexportador de las políticas económicas que fueron típicas en América Latina. El término no puede ser más afortunado y descriptivo. Pero esas políticas han estado caracterizadas por otros sesgos igualmente perniciosos: los sesgos hacia una productividad baja, hacia el inflacionismo y las crisis de balanza de pagos, hacia el sobreendeudamiento, hacia la perpetuación de la pobreza y la marginación, hacia el estatismo económico, hacia el dirigismo fútil, hacia la subsistencia del rezago agropecuario, hacia la protección de los intereses creados.

A la generación del sesgo antiexportador han contribuido todos los vicios o las deformaciones clásicas de las políticas económicas consentidas de los gobernantes en América Latina: proteccionismo, estructuras oligopólicas, incapacidad para avanzar en la integración económica de los países del subcontinente, inflacionismo, chauvinismo que cierra el acceso a la inversión extranjera directa, ausencia de una política eficaz en materia de ciencia y tecnología, dirigismo, falta de un marco regulatorio apropiado y varios ismos más.

En cierta medida, en América Latina la política económica se ha desenvuelto en el peor de los mundos posibles: políticas mal concebidas y aplicadas, y falta de congruencia entre las políticas específicas. A mi juicio, al maestro Urquidí le faltó hacer más énfasis en este último aspecto. Es la principal explicación para la inflación y las crisis recurrentes de balanza de pagos que se han padecido en el subcontinente. En el libro se menciona reiteradamente el problema de las monedas sobrevaluadas. La eventual sobrevaluación cambiaría provenía de que, una vez elegido un esquema —con frecuencia de tipo de cambio fijo o de comportamiento preanunciado—, las políticas fiscal y monetaria no resultaban congruentes con el mantenimiento de ese esquema. De ahí provenían las sobrevaluaciones.

Las políticas expansionistas de corte fiscal y monetario han resultado nugatorias para lograr que se eleven los salarios reales. Todos deseamos que los salarios reales se incrementen, pero con frecuencia olvidamos las precondiciones para que ello ocurra: que exista estabilidad de precios y que la productividad se incremente en forma continua. En un ambiente inflacionario, los precios se elevan siempre más rápido que los salarios nominales. Sin un crecimiento continuo de la productividad, los incrementos salariales repercuten en pérdida de plazas de trabajo.

En sus capítulos centrales, el libro de Urquidí abunda en el endeudamiento externo de los países latinoamericanos en la década de los setenta y

las causas que lo provocaron. Las deudas masivas de los gobiernos no se acumulan por ensalmo: derivan de que se cae en déficit fiscales cuantiosos. Los déficit fiscales sólo pueden financiarse de tres maneras: por crédito interno, por crédito externo y por el banco central. Del ejercicio abusivo de los dos primeros han surgido las grandes deudas; del segundo, las grandes inflaciones con su desenlace de crisis mayúsculas de balanza de pagos.

El gasto público que conduce a la gestación de grandes déficit fiscales se ha justificado políticamente con el argumento de que esos desembolsos son en beneficio de las grandes mayorías. Lo que no se explica, o a veces no se entiende, es que la inflación que se desata por esa vía, y las crisis devaluatorias a que da lugar, a quienes más perjudican es a los estratos bajos de la sociedad.

Se afirma con acierto en el libro que comento que, en la actualidad y hacia el futuro, la estrategia de desarrollo tiene que dar atención al combate a la pobreza, a la equidad y a la llamada ecoeficiencia. En el corazón de esos dos primeros objetivos se encuentra la cuestión del desarrollo del sector agropecuario. En México y en muchos otros países del subcontinente, el problema de la pobreza y en específico de la pobreza extrema es en su esencia un problema rural. Es dudoso, sin embargo, que esa lucha tenga verdadero éxito sólo con base en mecanismos de subsidio y transferencias gubernamentales a los pobres del campo. Mediante procedimientos becarios y tutelares, no se logra el desarrollo económico. Un avance verdadero en ese sector sólo se conseguirá si las políticas públicas conducen a la conformación de un sector agrícola productivo, capitalizado y eficiente. Esto requerirá un régimen de tenencia de la tierra conducente a esos fines, con seguridad en el campo y algo muy importante: que dé lugar a que el resto de los sectores absorba los excedentes de mano de obra que salen del sector rural. Para ello, es condición necesaria un crecimiento económico rápido.

El crecimiento económico debe ser sustentable. Esto implica al menos dos cosas: poner atención y respetar el ambiente y que la expansión esté apoyada sobre bases macroeconómicas sólidas. Cualitativamente, no es lo mismo el crecimiento inducido por una inversión pública y privada financiada en forma sana que el crecimiento mediante el expansionismo fiscal y monetario. La razón debería ser clara a estas alturas de la experiencia económica de América Latina. El crecimiento así inducido no es sostenible porque lo hacen abortar las presiones inflacionarias y las crisis de balanza de pagos a que dan lugar los desequilibrios subyacentes.

En el libro se señala en forma reiterada que el desarrollo de América Latina no puede lograrse sólo mediante la operación de las fuerzas del mercado. Coincidió en que un *laissez-faire* no podría ser concurrente a una solución espontánea de los múltiples y muy graves problemas que enfren-

tan las economías en América Latina. Sin embargo, es claro también que se requiere un replanteamiento de las bases sobre las cuales se dio en el pasado la intervención del Estado. Para ello, hay que recurrir parcialmente a la experiencia, que es siempre aleccionadora. Primeramente, esa experiencia ya demostró en forma palmaria el fracaso de los gobiernos como dueños y administradores de empresas. Segundo, hay que rechazar las expresiones de un dirigismo extralógico. Las regulaciones y las normas deben encaminar los incentivos de los agentes económicos hacia los fines deseados. Tercero, la tarea económica del Estado no debe ser la de intentar suplantar el funcionamiento de los mercados sino la de crear las condiciones para que éstos operen de manera eficaz y eficiente.

En el texto del profesor Urquidí apenas se insinúa aquí y allá uno de los más graves problemas que han aquejado a las economías de Latinoamérica: el de la corrupción. Lamentablemente, en nuestro medio han operado factores históricos, sociales y políticos que han propiciado la venalidad y la rapacidad de los servidores públicos. Por desgracia, las estrategias desarrollistas y las políticas económicas han contribuido con otros elementos coadyuvantes. Uno de ellos ha sido el regulacionismo, que ha ofrecido a los burócratas amplios poderes discrecionales. Otro ha sido el dirigismo, plagado de prohibiciones y también de prebendas injustificadas. Otro más, la hipertrofia del sector público en muchos países. Hacia el futuro, tiene que redefinirse en forma más lógica el deslinde entre lo que es público y lo que debe ser privado.

Por último, a la vez que buscar los paradigmas correctos debemos involucrarnos en la identificación de los ejemplos a seguir. Para ello, el libro de don Víctor Urquidí nos ofrece también orientaciones claras. Mientras América Latina se ha debatido en un estancamiento dañino e incierto, otros países del mundo han aprovechado el tiempo para literalmente correr. Entre ellos, algunos del este de Asia. Pongo como ejemplo el caso de Corea del Sur, aunque hay otros: Tailandia, Singapur, Malasia. ¿Cómo se procedió en esas naciones para lograr tan notable éxito económico? En nuestro manual de ejemplos a seguir debe figurar igualmente el caso de España. ¿Cuáles han sido las recetas de su avance notable?

Estemos de acuerdo con don Víctor Urquidí en que muchas de las políticas del pasado arrojaron resultados insatisfactorios. ¿Cómo debería ser, entonces, la estrategia de desarrollo hacia el futuro? España ha logrado literalmente saltar con apoyo en tres palancas poderosas: democracia política, integración económica continental y economía de mercado. La experiencia es indicativa. Sin embargo, no creo que la receta española sea suficiente para resolver la compleja problemática del estancamiento y del subdesarrollo latinoamericanos. Aclaro: seguramente necesaria, más no suficiente.

El desarrollo de las economías de América Latina requiere de un nuevo eclecticismo. El anterior fracasó. El nuevo eclecticismo deberá integrarse con tres componentes: el elemento ortodoxo, el estructural y el desarrollista, por llamarlos de algún modo. Empecemos por la vertiente ortodoxa del paradigma, que debe tener una orientación hacia el mercado. Los elementos básicos deben ser estabilidad macroeconómica (con sus llamados fundamentos) y mercados eficientes y competitivos. Hacer a los mercados competitivos será una tarea fundamental en el futuro. Esta tarea implicará reducir el proteccionismo en sus facetas explícitas y sutiles.

La vertiente estructural abarca muchos campos. En su ámbito caen las llamadas políticas sectoriales. Por la importancia medular que tiene, destaca el caso del sector agrícola. Las políticas agrícolas del pasado fueron fallidas. Sin embargo, esto no quiere decir que el desarrollo de este sector se abandone a las fuerzas del mercado. En el nuevo enfoque tendrá que darse prioridad a formar agricultores productivos cuya actividad les permita obtener un ingreso adecuado.

En la vertiente estructural tendrá que incluirse necesariamente la modificación de arreglos institucionales y productivos que operan ineficientemente, es decir, con costos elevados. Este capítulo incluye la adaptación de los marcos regulatorios para hacer que los incentivos de los agentes económicos se orienten hacia la productividad y el ahorro. La consideración de la dimensión ecológica será fundamental para tener un desarrollo sustentable.

La vertiente desarrollista es aún más polémica y debatible que la estructural y requerirá de una gran dosis de creatividad y sensibilidad política. Es en este capítulo en el que se insertan los factores de equidad y de combate a la pobreza. La condición necesaria para este combate es un crecimiento rápido y sostenido. Satisfecha esa condición, se tiene enfrente una disyuntiva muy drástica: la solución tutelar, caritativa y becaria o la transformadora. La primera tiene un elemento indudable de justicia y reivindicación. En México, por ejemplo, hay grupos o segmentos con un gran agravio histórico frente a los cuales la sociedad ha acumulado una deuda que sigue vigente. Con todo, con un enfoque exclusivamente tutelar o becario las desventajas no se remontarán, sólo recibirán paliativos siempre insuficientes. Además, en un contexto de tutelaridad amplia, los grupos buscadores de rentas se multiplicarán como hongos. Así, los recursos para la reivindicación social serán siempre inflexiblemente insuficientes.

La solución transformadora deberá ser otra cosa. Transformar a las personas de los grupos marginados en ciudadanos productivos y bien capacitados de cuya aportación a la producción puedan derivar un ingreso decoroso. Se dice fácil. En la realidad el reto es sin embargo enorme. Sólo

trabajando en todos los frentes será posible encarar ese reto con cierta probabilidad de éxito. Además, ese cambio no ocurrirá de la noche a la mañana. Se tendrá que trabajar en materia de nutrición, salud, educación y capacitación e infraestructura, en parte para abatir el aislamiento y la marginación.

El libro póstumo de don Víctor Urquidi es un libro que debemos leer, tener, consultar. Una de las cosas importantes en él es su motivación moral. En ese sentido, más que un trabajo de investigación es un llamado y un lamento personal. ¡Pudo haberse hecho tanto y no se hizo! La obra viene en efecto a llenar un vacío y en el futuro deberá ser indispensable. Aparte del dolor de haber perdido a una de nuestras referencias intelectuales mayores, es revelador y satisfactorio constatar que Víctor Urquidi se haya despedido como vivió: trabajando, reflexionando, escribiendo. Hay que honrar su memoria en la forma en la que él lo hubiera deseado: leyéndolo y enterándonos de lo que nos quiso decir.

EDUARDO TURRENT